

—Es inútil, contestó el gobernador, ya empecé mi palabra.

Cuando estuvimos en la calle le declaré que no tenía fuerza alguna ni mas arma que mi corta-plumas.

—Lléveme vd. al Palacio, me dijo, que con caballeros como vdes. mas que prision la nuestra va á ser un pasatiempo.

## CAPITULO XXXV.

### GRANDES APRIETOS.

El movimiento quedó hecho sin que hubiera que lamentarse un solo desorden: el comercio siguió abierto por la tarde, sin que llegaran á interrumpirse ni los exámenes del colegio. Fuera del repique á vuelo en varias iglesias y una proclama que se fijó en las esquinas firmada por Aguirre, no hubo un tiro de fusil siquiera que acentuara mas enérgicamente el cambio político.

La proclama de Aguirre, escrita por mi, decia solamente que los nuevos gobernantes venian á reivindicar los derechos del pueblo hollados por los antiguos en el simulacro de elecciones que acababa de pasar. Se ofrecia respetar el voto público en caso de que el gobierno general aprobase el movimiento y concediera el permiso de expedir nueva convocatoria.

Fué preciso dar al movimiento un carácter local mientras allanábamos entre Granados, Orellana y yo, que éramos los que teníamos todos los hilos del porvenir, las tres serias dificultades que se nos presentaban:

1.º No contábamos mas que con los 150 hombres de la guardia nacional del Estado, teniendo allí, en actitud por de pronto neutral, á una gran parte de la 3.ª Division del Ejército con 40 piezas de artillería.

2.º No contábamos de un modo seguro con el concurso ofrecido en los otros Estados para tirar el guante desde luego al Gobierno General.

3.º Aguirre y sus principales partidarios, que no se preocupaban mas que de atrapar el gobierno de San Luis, abrigaban las mas fundadas esperanzas de que Juárez y Lerdo consentirían en celebrar con ellos alguna transacción.

La primera dificultad era allanable, aunque á trueque de entrar en un conflicto de armas, porque ya nos teníamos ganada una buena parte de la fuerza federal.

La segunda esperábamos vencerla tan luego como estuviéramos en contacto con Jalisco, Zacatecas y Querétaro, que eran los Estados mas abocados á secundarnos.

Y la tercera de hecho la juzgábamos resuelta porque habíamos visto que el gobierno en nombre del principio de autoridad habia sacrificado centenares de víctimas en Yucatan, Sinaloa, Guerrero, Puebla, y Tamaulipas. No era creible que Aguirre llegara á

ser mas afortunado que los demas y antes bien aquella oportuna tregua nos serviría para tomar aliento y reforzarnos.

Para nosotros era solo cuestion de tiempo sacar á la vista la bandera de insurreccion que habia de servir de señal para que la República entera se levantase contra sus opresores. Y era preciso por lo mismo aprovechar aquel tiempo.

Así lo hicimos, pues el intrépido Manuel Orellana, vertiginosamente ayudado por Granados, Aguirre, Dávalos y demas gefes, procedió á organizar nuevas fuerzas aprovechando todo el armamento que tenia el Estado en sus almacenes, y todos de consuno pusimos á escote el contingente de nuestra actividad para llegar á estar tan fuertes en unos cuantos dias casi como la 3.ª Division que era la que estaba llamada á ponernos las peras á veinticinco.

Las líneas telegráficas habian sido interrumpidas por todas partes, pero luego que se hubo calmado un poco la efervescencia y puesto en las oficinas gentes de confianza, se restableció la comunicacion con Zacatecas y estuvimos hablando Orellana y yo con el general Garcia de la Cadena. Las contestaciones que este nos dió fueron espantosamente desconsoladoras: aunque simpatizaba con nosotros en lo particular, no podia menos de reprobar nuestro movimiento como un escándalo innecesario, pues Aguirre estaba enteramente de acuerdo con Lerdo de Tejada y nosotros íbamos á ser las víctimas. Aguirre no necesitaba para si de aquella violencia y nosotros puestos entre dos

enemigos no teniamos otra expectativa que la de sucumbir. Si el gobierno de México le ordenaba que nos batiera él tendria que hacerlo aunque con sentimiento porque nosotros estábamos de por medio, pero con la conciencia de que era un bien para el país atajar aquella revolucion.

Insistimos nosotros, haciéndole comprender que nuestros proyectos eran mas vastos, y lo mas que pudimos conseguir en aquella vez fué su protesta de neutralidad mientras hablaba con los comisionados que íbamos á enviarle.

Dimos aviso tambien en el acto á nuestros amigos de México, Querétaro, Puebla, Jalisco, Michoacan y Guerrero, para que se movieran, cumpliendo el compromiso solemne que tenian contraido con nosotros. De ninguna parte llegamos á recibir contestacion. La mayor parte de nuestros amigos, consideraron mas prudente ocultarse en lugar seguro, que salir á la campaña.

El gobierno entre tanto logró ponernos en el aprieto que ya temiamos: dió orden al general Larrañaga, que mandaba accidentalmente la fuerza federal, para que nos batiera. El gefe de la 3.<sup>a</sup> Division era el general D. Pedro Martinez durante una licencia del general Escobedo y ambos se encontraban ausentes. Ahora el mismo general Larrañaga, que habia sido fiscal en la causa de Granados, era el encargado de reducirnos al orden por la fuerza.

Este gefe pasó á manifestarnos, muy cortesmente, que era nuestro amigo en la política local, pero que

siendo soldado antes que partidario, iba á tener el pesar de cumplir con las órdenes del gobierno.

Por aquella vez tuvimos la fortuna de retardar el rompimiento sugiriendo algunos pretextos al general Larrañaga conque pudiera entretener al gobierno, mientras llegaba el general Martinez á quien habiamos mandado llamar apresuradamente.

Yo mismo estuve redactando los despachos telegráficos del general Larrañaga al ministro de la guerra. En uno de ellos le decia: «Los pronunciados tienen ocupados el Palacio, el Carmen, la Catedral y otras alturas de esta ciudad que son las mejores: correrá mucha sangre, sufrirá en extremo la poblacion y no se les podrá reducir al orden, porque tienen tanta fuerza como nosotros y estan parapetados. ¿Los bato á pesar de eso?

No se hizo esperar la respuesta:

—«Bátalos V. señor general, aunque tengan las mayores ventajas, absteniéndose de hacer ninguna otra observacion.»

No hubo mas remedio: tuvimos que separarnos de Larrañaga dándole un abrazo para ir á preparar la resistencia: á las dos horas, segun nos manifestó aquel, mandaria romper los fuegos. Nosotros dividimos nuestra atencion entre nuestras fuerzas, preparándolas para el combate, y entre nuestros aliados de la 3.<sup>a</sup> Division, acordando el momento en que debieran pasarse á nuestro campo.

Se colocaron convenientemente las baterias y las columnas de ataque por la calzada del Santuario: fal-

taban cinco minutos solo para que se lanzaran á nuestras posiciones las fuerzas de la federacion, cuando llegó el general D. Pedro Martinez, quien suspendió todas aquellas operaciones y nos citó á una conferencia. Estuvimos con el Aguirre, Orellana y yo, logrando al fin persuadirle de lo conveniente que seria que la 3ª Division que habia sido humillada por la administracion que habiamos derrocado nosotros, representara al gobierno en nuestro favor haciéndole ver todo lo que habia pasado, penetrándole de la justicia que nos asistia, para que aquel propusiera un arreglo cualquiera, que viniera á evitar el derramamiento de sangre. Nosotros no resistiamos ninguna determinacion del gobierno que fuera conforme con los sentimientos de la fuerza federal y de su digno gefe.

El general D. Pedro Martinez, que simpatizaba naturalmente con nosotros, consideró muy racional lo que pediamos y no tuvo dificultad en acceder.

—¡Estamos salvados! dije lleno de gozo á Orellana, oprimiéndole un brazo para hacer mas espresivo mi entusiasmo, esto casi al trasponer la pieza que ocupaba Martinez, y al estar en la calle agregué con una entonacion que ya se puede suponer:

—Juro que es nuestra la 3ª Division.

A la mañana siguiente muy temprano volvimos al alojamiento del general Martinez y este me dió unos puntos para que con ellos formulara la representacion que debia elevarse al Gobierno General. Vi que podia sacar de ellos un material abundante

para abrumar de cargos á Juarez y su camarilla, y allí mismo me puse á escribir una acta formidable que no podia considerarse sino como una rebelion abierta, disimulada solo con las fórmulas, significando á la vez una adhesion plena á nuestro pronunciamiento.

Esta acta candente fué firmada por muchos sin conciencia de lo que hacian y por otros con la seguridad de que era un rompimiento con la administracion juarista, pero fueron pocos los gefes y oficiales que pudieron eludir el compromiso. Una vez recogido el mayor número de firmas, mandamos publicar el salvador documento y ya desde ese punto de partida la 3ª Division del Ejército fué nuestra mejor aliada.

Habian venido pues al servicio de nuestros planes, y esto de la noche á la mañana, unos tres mil hombres bien equipados, la mitad veteranos ya hechos á una buena disciplina y todos mandados por excelentes gefes; ademas cuarenta piezas de artilleria y algunos almacenes llenos de material de guerra.

El Gobierno movió prontamente sobre nosotros una Brigada al mando del general Eguiluz, pero se vió precisado á contramarchar perseguido por nuestra caballeria al saber que la fuerza federal habia secundado nuestro movimiento. Si no es esta casualidad, muere en la cuna bien pulverizada nuestra gran empresa.

Nunca llegué á saber cuales fueron las circunstancias imprevistas que se opusieron á que nos secundaran el Lic. Garfias en Querétaro y D. Leon Guzman

en Guanajuato, que eran los mas comprometidos con nosotros, fuera de los que tenian que hacer algo en el Estado de México, en el de Puebla, en el de Veracruz y en las goteras de la Capital, el hecho fué que nuestro movimiento permaneció completamente aislado, por muchos dias, dándose tiempo á la Union para que cargara sobre nosotros todos sus elementos. Solo el gefe Duran y los oficiales del cuerpo "Carabineros de México" cumplieron su palabra incorporándose con nosotros en San Luis Potosí, sin que faltara un solo hombre, un solo clarin, ni un solo cartucho. Si de esta manera hubieran cumplido la mitad siquiera de todos los que estaban comprometidos, á los quince dias hubiéramos estado asediando á la Capital, si es que la desmoralizacion del Gobierno le daba ánimo para la resistencia. Lo probable, conocida la situacion del país, era que todas las entidades de influencia se hubieran venido con nosotros determinando en pocos dias la caída de aquella administracion.

Tuve la fortuna de adquirir grande ascendiente con los generales Martinez y Aguirre, que ya estaban caminando de acuerdo en sus operaciones políticas y militares, y comencé á tomar parte activa en sus deliberaciones y medidas; pero fuera porque no me conocian aún lo bastante ó porque tuvieran miras secundarias, habia algo de lo que se hacia que se me escapaba. Asi fué que habiéndoles insinuado un dia la facilidad que teniamos para apoderarnos de Jalisco, supuesto que contábamos allí con muchos amigos lo mismo que con un cuerpo de caballeria que mandaba un hermano del general Martinez, me contestó uno de ellos.

—Ya está arreglado eso hace cinco dias.

—Como?

—Hemos mandado al coronel Catarino Gonzalez para que se saque de Guadalajara el cuerpo "Riferos de Zaragoza"

Me quedé enteramente frio y pregunté sin embargo:

—Eso solo?

—¡Pues que mas!

Mi idea era hacer pronunciar allí ese cuerpo lo mismo que el 10<sup>o</sup> que nos era adicto, única guarnicion que habia en la plaza: hacer que Guadarrama moviera los pueblos del Sur, de lo que podia resultar que en dos semanas contáramos con 5,000 hombres y los elementos de un Estado poderoso y valiente; pero la verdad es que aquellos gefes tenian sus vacilaciones y trabajo costó persuadirlos de que no habia que esperar cuartel con D. Benito Juarez. Entonces convinieron tambien en que ya era fuerza darle un carácter claro y bien definido á la revolución, acordándose que fuera yo mismo á Zacatecas para celebrar una conferencia con el general Garcia de la Cadena. Teniamos datos para saber muy bien que este gobernador, amigo sincero de la democracia, no se hallaba de acuerdo con la marcha política del Sr. Juarez, habiendo llegado á estar en abierta pugna respecto de algunos puntos con los Ministros, conociamos ademas sus tendencias revolucionarias y nos era permitido esperar pocos trópiezos en aquella mision, tanto mas cuanto que ya habiamos redactado un plan para echar abajo al gobierno. El general Garcia de la Cadena habia repro-

bado nuestro movimiento local creyendo que procedíamos como instrumentos de Lerdo de Tejada, pero una vez que viera que á todo el poder le tirábamos el guante, ya no opondría gran resistencia.

Aquel paso era de todas maneras indispensable, pues necesitábamos apoyar nuestra causa en algo mas que no fuera la parte que teníamos de la 3.<sup>a</sup> Division, seguros aún de que tras de Zacatecas seguirían moviéndose los demas Estados desafectos ó comprometidos. El momento era crítico para separarme de S. Luis Potosí, tanto porque en la noche iba á estrenarse mi comedia de circunstancias intitulada «Los héroes del día siguiente,» como porque Granados no habia logrado acomodarse y temia yo que se tuvieran celos de su valor ó recelos de que llegara á sobreponerse; pero no era posible vacilar ante la importancia de aquella comision, asi es que al despedirme de Granados y Orellana les dije:

—Me voy, queridos amigos míos, confiando en la prudencia que sepan guardar ustedes. Adios.

## CAPITULO XXXVI.

### DESASTRE DE ROCHA EN SAN JOSÉ.

Llevando pues la representacion de los principales gefes pronunciados en San Luis y la mia propia, me puse en marcha para Zacatecas: en la hacienda del Carro me encontré al general Epitacio Huerta á quien no habia tenido antes oportunidad de conocer. Los dos viajábamos de incógnito, y fué verdaderamente casual que llegáramos á tener una explicacion.

Pocas esperanzas me dió el general Huerta de que el general Garcia de la Cadena quisiera secundarnos: allí habian estado ya él y Toledo ofreciéndole sus servicios y proponiéndole mil planes, sin conseguir sacarle de la mas profunda reserva.

—Y ahora, le dije, ¿va vd. á San Luis?

—Si: mi objeto era sacar algunos elementos de Zacatecas para irme á mover á Michoacan; pero cansa-